

E. H. Carr

¿QUÉ ES LA HISTORIA?

Conferencias "George Macaulay Trevelyan"
dictadas en la Universidad de Cambridge
en enero-marzo de 1961

EDITORIAL ARIEL, S. A.

Edición especial
para su comercialización
a través de

SUDAMERICANA/PLANETA

I

EL HISTORIADOR Y LOS HECHOS

¿Qué es la historia? Para precaverme contra quien encuentre superflua o falta de sentido la pregunta, voy a partir de textos relacionados respectivamente con la primera y la segunda encarnaciones de la *Cambridge Modern History*. He aquí a Acton, en su informe a los síndicos de la Cambridge University Press acerca de la obra que se había comprometido a dirigir:

Es ésta una oportunidad sin precedente de reunir, en la forma más útil para los más, el acervo de conocimiento que el siglo XIX nos está legando. Mediante una inteligente división del trabajo seríamos capaces de hacerlo y de poner al alcance de cualquiera el último documento y las conclusiones más elaboradas de la investigación internacional.

No podemos, en esta generación, formular una historia definitiva; pero sí podemos eliminar la historia convencional, y mostrar a qué punto hemos llegado en el trayecto que va de ésta a aquélla, ahora que toda la información es asequible, y que todo problema es susceptible de solución (1).

(1) *The Cambridge Modern History: Its Origin, Authorship and Production* (1907), págs. 10-12.

Y transcurridos casi exactamente sesenta años, el profesor Sir George Clark, en su introducción general a la segunda *Cambridge Modern History*, comentaba aquel convencimiento de Acton y sus colaboradores de que llegaría el día en que fuese posible presentar una «historia definitiva», en los siguientes términos:

Los historiadores de una generación posterior no esperan cosa semejante. De su trabajo, esperan que sea superado una y otra vez. Consideran que el conocimiento del pasado ha llegado a nosotros por mediación de una o más mentes humanas, ha sido «elaborado» por éstas, y que no puede, por tanto, consistir en átomos elementales e impersonales que nada puede alterar... La exploración no parece tener límites y hay investigadores impacientes que se refugian en el escepticismo, o cuando menos en la doctrina de que, puesto que todo juicio histórico implica personas y puntos de vista, todos son igual de válidos y no hay verdad histórica «objetiva» (2).

Cuando los maestros se contradicen de modo tan flagrante, es lícito intentar averiguar qué sucede. Espero hallarme lo bastante al día como para darme cuenta de que algo escrito en la última década del siglo pasado tiene que ser un disparate. Pero no estoy lo suficientemente adelantado como para compartir la opinión de que cualquier cosa escrita en estos últimos diez años forzosamente tiene que ser verdad. Sin duda habrán pensado ustedes ya que esta in-

(2) *The New Cambridge Modern History*, I (1957), p. XXIV-XXV.

vestigación puede parar en algo que rebase los límites de la naturaleza de la historia. El desacuerdo entre Acton y Sir George Clark refleja el cambio sufrido por nuestra concepción de conjunto de la sociedad en el intervalo entre ambas afirmaciones. Acton es un exponente de la fe positiva, de la clarividente confianza propia en uno mismo, que caracteriza la última fase de la época victoriana; Sir George Clark refleja la perplejidad y el escepticismo conturbado de la generación «rebelde». Cuando tratamos de contestar a la pregunta «¿Qué es la Historia?», nuestra respuesta, consciente o inconscientemente, refleja nuestra posición en el tiempo, y forma parte de nuestra respuesta a la pregunta, más amplia, de qué idea hemos de formarnos de la sociedad en que vivimos. No temo que parezca trivial, visto más de cerca, el tema escogido. Sólo me asusta parecer pretencioso por haber planteado problema tan amplio e importante.

El siglo XIX fue una gran época para los hechos. «Lo que yo quiero —dice Mr. Gradgrind en *Tiempos difíciles*—, son Hechos... Lo único que se necesita en la vida son Hechos.» En conjunto, los historiadores decimonónicos estaban de acuerdo con él. Cuando Ranke, en el cuarto decenio del siglo, apuntaba, en legítima protesta contra la historia moralizadora, que la tarea del historiador era «sólo mostrar lo que realmente aconteció (*wie es eigentlich gewesen*)», este no muy profundo aforismo tuvo un éxito asombroso. Tres generaciones de historiadores alemanes, británicos e incluso franceses, se lanzaron al combate entonando la fórmula mágica «*Wie es eigentlich gewesen*»,

a modo de conjuro, encaminada, como casi todos los conjuros, a ahorrarles la cansada obligación de pensar por su cuenta. Los positivistas, ansiosos por consolidar su defensa de la historia como ciencia, contribuyeron con el peso de su influjo a este culto de los hechos. Primero averiguad los hechos, decían los positivistas; luego deducid de ellos las conclusiones. En Gran Bretaña, esta visión de la historia encajó perfectamente con la tradición empírica, tendencia dominante de la filosofía británica de Locke a Bertrand Russell. La teoría empírica del conocimiento presupone una total separación entre el sujeto y el objeto. Los hechos, lo mismo que las impresiones sensoriales, inciden en el observador desde el exterior, y son independientes de su conciencia. El proceso receptivo es pasivo: tras haber recibido los datos, se los maneja. El *Oxford Shorter English Dictionary*, útil pero tendenciosa obra de la escuela empírica, delimita claramente ambos procesos cuando define el hecho como «dato de la experiencia, distinto de las conclusiones». A esto puede llamársele concepción de sentido común de la historia. La historia consiste en un cuerpo de hechos verificados. Los hechos los encuentra el historiador en los documentos, en las inscripciones, etcétera, lo mismo que los pescados sobre el mostrador de una pescadería. El historiador los reúne, se los lleva a casa, donde los guisa y los sirve como a él más le apetece. Acton, de austeras aficiones culinarias, los prefería con un condimento sencillito. En su carta de instrucciones a los colaboradores de la primera *Cambridge Modern History*, formulaba el requisito de que «nuestro Waterloo debe ser satisfactorio para franceses e ingleses, alemanes y holandeses por igual: que nadie pueda decir, sin antes exa-

minar la lista de los autores, dónde dejó la pluma el Obispo de Oxford, y dónde la tomaron Fairbairn o Gasquet, dónde Liebermann o Harrison» (3). Hasta el propio Sir George Clark, no obstante su desacuerdo con el enfoque de Acton, contraponía «el sólido núcleo de los hechos» en la historia, a «la pulpa de las interpretaciones controvertibles que lo rodea» (4), olvidando acaso que en la fruta da más satisfacción la pulpa que el duro hueso. Cerciórense primero de los datos, y luego podrán aventurarse por su cuenta y riesgo en las arenas movedizas de la interpretación: tal es la última palabra de la escuela histórica empírica del sentido común. Ello recuerda el dicho favorito del gran periodista liberal C. P. Scott: «Los hechos son sagrados, la opinión libre».

Pero está claro que así no se llega a ninguna parte. No voy a embarcarme en una disquisición filosófica acerca de la naturaleza de nuestro conocimiento del pasado. Supongamos, a efectos de la discusión presente, que el hecho de que César pasara el Rubicón y el hecho de que haya una mesa en el centro de esta sala son datos de igual orden, o de orden parecido, y que ambos datos penetran en nuestra conciencia de modo igual o parecido, y que ambos tienen además el mismo carácter objetivo en relación con la persona que los conoce. Pero aun en el caso de esta suposición atrevida y no del todo plausible, nuestro razonamiento topa con el obstáculo de que no todos los datos acerca del pasado son hechos históricos, ni son tratados como tales por el historiador. ¿Qué criterio separa los hechos históricos de otros datos acerca del pasado?

(3) ACTON, *Lectures on Modern History* (1906), pág. 318.

(4) Citado en *The Listener*, 19 de junio de 1952, pág. 992.

¿Qué es un hecho histórico? Es ésta una cuestión crucial en la que hemos de fijarnos algo más atentamente. Según el punto de vista del sentido común, existen hechos básicos que son los mismos para todos los historiadores y que constituyen, por así decirlo, la espina dorsal de la historia: el hecho, pongamos por caso, de que la batalla de Hastings se librara en 1066. Mas esta opinión sugiere dos observaciones. La primera, que no son datos como éste los que interesan fundamentalmente al historiador. Sin duda es importante saber que la gran batalla tuvo lugar en 1066 y no en 1065 ó 1067, o que se librara en Hastings, en vez de en Eastbourne o Brighton. El historiador tiene que saber estas cosas con exactitud. Pero, cuando se suscitan problemas como éste, recuerdo siempre aquella observación de Housman: «la precisión es un deber, no una virtud» (5). Elogiar a un historiador por la precisión de sus datos es como encomiar a un arquitecto por utilizar, en su edificio, vigas debidamente preparadas o cemento bien mezclado. Ello es condición necesaria de su obra, pero no su función esencial. Precisamente en cuestiones de éstas se reconoce al historiador el derecho a fundarse en las que se han llamado «ciencias auxiliares» de la historia: la arqueología, la epigrafía, la numismática, la cronología, etc. No se espera del historiador que domine las técnicas especiales merced a las cuales el perito sabrá determinar el origen y el período de un fragmento de cerámica o de mármol, o descifrar una inscripción oscura, o llevar a cabo los complejos cálculos astronómicos necesarios para fijar una fecha precisa. Los llamados datos bá-

(5) M. Manilii Astronomicon: Liber Primus (2.ª ed. 1937), página 87.

sicos, que son los mismos para todos los historiadores, más bien suelen pertenecer a la categoría de materias primas del historiador que a la historia misma. La segunda observación que hemos de hacer es que la necesidad de fijar estos datos básicos no se apoya en ninguna cualidad de los hechos mismos sino en una decisión que formula el historiador a priori. A pesar de la sentencia de C. P. Scott, todo periodista sabe hoy que la forma más eficaz de influir en la opinión consiste en seleccionar y ordenar los hechos adecuados. Solía decirse que los hechos hablan por sí solos. Es falso, por supuesto. Los hechos sólo hablan cuando el historiador apela a ellos: él es quien decide a qué hechos se da paso, y en qué orden y contexto hacerlo. Si no me equivoco, era un personaje de Pirandello quien decía que un hecho es como un saco: no se tiene de pie más que si metemos algo dentro. La única razón por la que nos interesa saber que la batalla se libró en Hastings en 1066 estriba en que los historiadores lo consideran hecho histórico de primordial importancia. Es el historiador quien ha decidido, por razones suyas, que el paso de aquel riachuelo, el Rubicón, por César, es un hecho que pertenece a la historia, en tanto que el paso del Rubicón por millones de otras personas antes y después, no interesa a nadie en absoluto. El hecho de que ustedes llegaran a este edificio hace media hora, a pie, en bicicleta o en coche, es un hecho del pasado como pueda serlo el hecho de que César pasara el Rubicón. Pero los historiadores dejarán seguramente de tener en cuenta el primero de ambos hechos. El profesor Talcott Parsons calificó una vez la ciencia de «sistema selectivo de orientaciones cognitivas

hacia la realidad» (6). Tal vez podría haberse dicho con más sencillez. Pero lo cierto es que la historia es eso, entre otras cosas. El historiador es necesariamente selectivo. La creencia en un núcleo óseo de hechos históricos existentes objetivamente y con independencia de la interpretación del historiador es una falacia absurda, pero difícilísima de desarraigar.

Echemos una ojeada sobre el proceso por el cual un mero dato del pasado se convierte en un hecho histórico. En 1850, en Stalybridge Wakes, un vendedor de golosinas era deliberadamente golpeado hasta la muerte por una muchedumbre enfurecida, tras una disputa sin importancia. ¿Es ello un hecho histórico? Hace un año hubiese contestado que no sin vacilar. Lo había recogido un testigo ocular en ciertas memorias poco conocidas (7); pero nunca vi que ningún historiador lo considerase digno de mención. Hace un año, el Dr. Kitson Clark lo citó en sus Conferencias Ford en Oxford (8). ¿Confiere esto al dato el atributo de histórico? Creo que aún no. Su situación actual, diría yo, es la de que se ha presentado su candidatura para el ingreso en el selecto club de los hechos históricos. Se encuentra ahora aguardando partidarios y patrocinadores. Puede que en años sucesivos veamos aparecer este dato, primero en notas a pie de página, y luego en el texto, en artículos y libros acerca de la Inglaterra decimonónica, y que dentro de veinte o treinta años haya pasado a ser un hecho histórico sólidamente arraigado. Como también pue-

(6) T. PARSONS y E. SHILS, *Towards a general theory of Action* (3.ª ed. 1954), pág. 167.

(7) LORD GEORGE SANGER, *Seventy Years a Showman* (2.ª ed. 1929), págs. 188-189.

(8) Serán publicadas en breve bajo el título de: *The Making of Victorian England*.

de que nadie lo mencione, en cuyo caso volverá a sumirse en el limbo de los hechos del pasado no pertenecientes a la historia, de donde el Dr. Kitson Clark ha tratado generosamente de salvarlo. ¿Qué será lo que decida cuál de ambas cosas ha de suceder? Dependerá, pienso yo, de que la tesis o la interpretación en apoyo de la cual el Dr. Kitson Clark citó este incidente sea aceptada por los demás historiadores como válida e importante. Su condición de hecho histórico dependerá de una cuestión de interpretación. Este elemento interpretativo interviene en todos los hechos históricos.

Permitaseme evocar un recuerdo personal. Cuando yo estudiaba historia de la Antigüedad en esta misma Universidad, años ha, hube de dedicarme especialmente al tema de «Grecia en la época de las guerras médicas». Reuní en mis estanterías unos quince o veinte volúmenes, dando por supuesto que hallaría, en aquellos tomos, todos los datos relativos a mi tema. Supongamos —lo que era casi del todo cierto— que aquellos libros contenían todos los datos que se conocían entonces, o que podían conocerse. Ni por un momento se me ocurrió investigar en virtud de qué accidente o de qué proceso de erosión había sobrevivido aquella reducidísima selección de datos, entre los miles y miles de hechos que alguna vez tuvieron que ser conocidos de alguien, para convertirse en los hechos de la historia. Sospecho que aún hoy una de las fascinaciones que ejerce la historia antigua y medieval radica en la impresión que nos da de tener a nuestra disposición todos los datos, dentro de unos límites controlables: la movediza barrera que separa los hechos históricos de los que no lo son se esfuma porque los pocos hechos conocidos

son todos ellos históricos. Como dijo Bury, que estudió ambos períodos, «el acervo de datos con que cuenta la historia antigua y medieval está plagado de lagunas» (9). Se ha dicho que la historia es un gigantesco rompecabezas en el que faltan numerosos trozos. Mas el problema principal no estriba en las lagunas. Nuestra imagen de Grecia en el siglo V antes de nuestra era es deficiente, y no sobre todo por haberse perdido tantos fragmentos de ella accidentalmente, sino por ser, en líneas generales, la imagen que plasmó un reducido grupo de personas de la ciudad de Atenas. Nosotros sabemos bastante bien qué opinión tenía de la Grecia del siglo V un ciudadano ateniense; pero ignoramos qué le parecía a un espartano, a un corintio o a un tebano, por no decir a un persa, a un esclavo o a otro residente en Atenas que no fuese ciudadano. Nuestra imagen ha sufrido una selección y una determinación previas antes de llegar a nosotros, no tanto por accidente como por personas conscientes o inconscientemente imbuidas de una óptica suya peculiar, y que pensaron que los datos que apoyaban tal punto de vista merecían ser conservados. Así también, cuando leo en una historia contemporánea de la Edad Media que la gente, en la Edad Media, era profundamente religiosa, me pregunto cómo lo sabemos y si es cierto. Los que conocemos como hechos de la historia medieval han sido casi todos seleccionados para nosotros por generaciones de cronistas que por su profesión se ocupaban de la teoría y la práctica de la religión y que por lo tanto la consideraban como algo de suprema importancia, y recogían cuanto a ella atañía y no gran cosa más. La imagen del campesino ruso pro-

(9) J. B. BURY, *Selected Essays* (1930), pág. 52.

fundamente religioso fue destruida por la revolución de 1917. La imagen del hombre medieval profundamente religioso, sea verdadera o falsa, es indestructible, ya que casi todos los datos que acerca de él se conocen fueron seleccionados de antemano por personas que creyeron en ella, y que querían que los demás la compartieran, en tanto que muchos otros datos, en los que acaso hubiéramos hallado pruebas de lo contrario, se han perdido sin remisión. El peso muerto de generaciones desaparecidas de historiadores, amanuenses y cronistas, ha determinado sin posibilidad de apelación nuestra idea del pasado. «La historia que leemos», escribe el Profesor Barraclough, medievalista a su vez, «aunque basada en los hechos, no es, en puridad, en absoluto fáctica, sino más bien una serie de juicios admitidos» (10).

Pero pasemos ahora a la carga, distinta aunque igualmente pesada, del historiador que se ocupa de la época moderna y contemporánea. El historiador de la antigüedad o el medievalista podrán estar agradecidos del amplio proceso de trilla que, andando el tiempo, ha puesto a su disposición un cuerpo manejable de datos históricos. Como dijera Lytton Strachey con su impertinente estilo, «el primer requisito del historiador es la ignorancia, una ignorancia que simplifica y aclara, selecciona y omite» (11). Cuando me siento tentado, como me ocurre a veces, a envidiar la inmensa seguridad de colegas dedicados a la historia antigua o medieval, me consuela la idea de que tal seguridad se debe, en gran parte, a lo mucho que ignoran de sus temas. El historiador de

(10) G. BARRACLOUGH, *History in a changing world* (1955), página 14.

(11) LYTTON STRACHEY, Prólogo a *Eminent Victorians*.

épocas más recientes no goza de ninguna de las ventajas de esta inexpugnable ignorancia. Debe cultivar por sí mismo esa tan necesaria ignorancia, tanto más cuanto más se aproxima a su propia época. Le incumbe la doble tarea de descubrir los pocos datos relevantes y convertirlos en hechos históricos, y de descartar los muchos datos carentes de importancia por ahistóricos. Pero esto es exactamente lo contrario de la herejía decimonónica, según la cual la historia consiste en la compilación de la mayor cantidad posible de datos irrefutables y objetivos. Quien caiga en tal herejía, o tendrá que abandonar la historia por considerarla tarea inabarcable y dedicarse a coleccionar sellos o a cualquier otra forma de coleccionismo, o acabará en el manicomio. Esta herejía es la que tan devastadores efectos ha tenido en los últimos cien años para el historiador moderno, produciendo en Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos una amplia y creciente masa de historias fácticas, áridas como lo que más, de monografías minuciosamente especializadas, obra de aprendices de historiadores sabedores cada vez más acerca de cada vez menos, perdidos sin dejar rastro en un océano de datos. Me temo que fuera esta herejía —más que el conflicto, alegado al respecto, entre la lealtad al liberalismo o al catolicismo— lo que malogró a Acton como historiador. En un ensayo de su primera época, dijo de su maestro Döllinger: «Por nada escribiría partiendo de un material imperfecto, y para él todo material era imperfecto» (12). Acton

(12) Citado por G. P. Gooch, *History and Historians in the Nineteenth Century*, pág. 385; ulteriormente dijo Acton de Döllinger que "le fue dado configurar su filosofía de la historia sobre la mayor inducción jamás al alcance del hombre" (*History of Freedom and Other Essays*, 1907, pág. 435).

estaba sin duda pronunciando aquí un veredicto anticipado sobre sí mismo, sobre aquel curioso fenómeno de un historiador en el que muchos ven el más distinguido ocupante que la cátedra Regius de Historia Moderna en esta Universidad ha tenido nunca, y que, sin embargo, no escribió ninguna historia. Y Acton escribió su propio epitafio en la nota introductoria al primer volumen de la *Cambridge Modern History* publicado a poco de su muerte, cuando lamentaba que los requerimientos que agobiaban al historiador «amenazan con convertirle, de hombre de letras, en compilador de una enciclopedia» (13). En alguna parte había un error. Y el error era la fe en esa incansable e interminable acumulación de hechos rigurosos vistos como fundamento de la historia, la convicción de que los datos hablan por sí solos y de que nunca se tienen demasiados datos, convicción tan inapelable entonces que fueron pocos los historiadores del momento que creyeron necesario —y hay quienes todavía siguen creyéndolo innecesario— plantearse la pregunta ¿Qué es la Historia?

El fetichismo decimonónico de los hechos venía completado y justificado por un fetichismo de los documentos. Los documentos eran, en el templo de los hechos, el Arca de la Alianza. El historiador devoto llegaba ante ellos con la frente humillada, y hablaba de ellos en tono reverente. Si los documentos lo dicen, será verdad. Mas, ¿qué nos dicen, a fin de cuentas, tales documentos: los decretos, los tratados, las cuentas de los arriendos, los libros azules, la correspondencia oficial, las cartas y los diarios privados? No hay documento que pueda decirnos

(13) *Cambridge Modern History*, I (1902), 4.

acerca de un particular más de lo que opinaba de él su autor, lo que opinaba que había acontecido, lo que en su opinión tenía que ocurrir u ocurriría, o acaso tan sólo lo que quería que los demás creyesen que él pensaba, o incluso solamente lo que él mismo creyó pensar. Todo esto no significa nada, hasta que el historiador se ha puesto a trabajar sobre ello y lo ha descifrado. Los datos, hayan sido encontrados en documentos o no, tienen que ser elaborados por el historiador antes de que él pueda hacer algún uso de ellos: y el uso que hace de ellos es precisamente un proceso de elaboración.

Voy a ilustrar lo que trato de decir con un ejemplo que casualmente conozco bien. Cuando Gustav Stresemann, el ministro de Asuntos Exteriores de la República de Weimar, murió en 1929, dejó una masa ingente —300 cajas llenas— de documentos oficiales, semioficiales y privados, relativos casi todos a los seis años durante los cuales tuvo a su cargo la cartera de Asuntos Exteriores. Como es lógico, sus amigos y familiares pensaron que la memoria de hombre tan insigne debía honrarse con un monumento. Su leal secretario Bernhard puso manos a la obra; y en un plazo de tres años salieron tres gruesos volúmenes de unas 600 páginas cada uno, que contenían una selección de los documentos de las 300 cajas, y que llevaban el impresionante título de *Stresemanns Vermächtnis* («El legado de Stresemann»). En circunstancias normales, los documentos propiamente dichos habrían ido descomponiéndose en algún sótano o desván, y se habrían perdido para siempre. O acaso, al cabo de un centenar de años o así, habría dado con ellos cierto investigador curioso y emprendido su comparación con el texto de Bernhard. Lo realmente

ocurrido fue mucho más truculento. En 1945 los documentos cayeron en las manos de los gobiernos británico y norteamericano, quienes los fotografiaron todos y pusieron las fotocopias a disposición de los investigadores en el *Public Record Office* de Londres y en los *National Archives* de Washington, de forma que, con la suficiente curiosidad y paciencia, podemos ver con exactitud lo hecho por Bernhard. Lo que había hecho no era ni insólito ni indignante. Cuando Stresemann murió, su política occidental parecía haber sido coronada por una serie de brillantes éxitos: Locarno, la admisión de Alemania en la Sociedad de Naciones, los planes Dawes y Young y los empréstitos norteamericanos, la retirada de los ejércitos aliados de ocupación del territorio del Rhin. Parecía ésta la parte importante a la vez que fructífera de la política exterior de Stresemann: y no es de extrañar que la selección documental de Bernhard destacase con mucho este aspecto. Por otra parte, la política oriental de Stresemann, sus relaciones con la Unión Soviética, parecían no haber llevado a ninguna parte, y como no eran muy interesantes ni engrandecían en nada la fama del estadista aquellos montones de documentos acerca de negociaciones que no dieron más que triviales resultados, el proceso de selección podía ser más riguroso. En realidad Stresemann dedicó una atención mucho más constante y solícita a las relaciones con la Unión Soviética, que desempeñaron un papel mucho mayor en el conjunto de su política extranjera, de lo que puede deducir el lector de la antología de Bernhard. Pero me temo que muchas colecciones publicadas de documentos, sobre las que se funda sin vacilaciones el historiador normal, son peores que los volúmenes de Bernhard.

Pero mi historia no termina aquí. Poco después de publicados los tomos de Bernhard, subió Hitler al poder. Se relegó al olvido en Alemania el nombre de Stresemann y los libros desaparecieron de la circulación: muchos ejemplares, quizás la mayoría, fueron destruidos. En la actualidad, el *Stresemanns Vermächtnis* es un libro más bien difícil de encontrar. Pero en Occidente, la fama de Stresemann se mantuvo firme. En 1935 un editor inglés publicó una traducción abreviada de la obra de Bernhard, una selección de la selección de Bernhard: se omitió aproximadamente la tercera parte del original. Sutton, conocido traductor del alemán, hizo su trabajo bien y de modo competente. La versión inglesa, explicaba en el prólogo, estaba «ligeramente condensada, pero solamente por la omisión de una parte de lo que —en su sentir— era lo más efímero... de escaso interés para los lectores o estudiosos ingleses» (14). Esto también es bastante natural. Pero el resultado es que la política oriental de Stresemann, ya insuficientemente destacada en la edición de Bernhard, se pierde aún más de vista, y en los volúmenes de Sutton la Unión Soviética aparece como un mero intruso ocasional, y más bien inoportuno, en la política predominantemente occidental de Stresemann. Sin embargo conviene dejar sentado que es Sutton, y no Bernhard —y menos aún los documentos mismos— quien representa para el mundo occidental, salvo unos cuantos especialistas, la auténtica voz de Stresemann. De haber desaparecido los documentos en 1945, durante los bombardeos, y de haberse perdido el rastro de los restantes volúmenes de Bernhard, nunca se

(14) *Gustav Stresemann, His Diaries, Letters and Papers*, I (1935). Nota de Sutton, a cuyo cargo corrió la selección.

hubieran puesto en tela de juicio la autenticidad y la autoridad de Sutton. Muchas colecciones impresas de documentos aceptadas de buena gana por los historiadores a falta de los originales, descansan sobre una base tan precaria como ésta.

Pero quiero llevar aún más lejos la historia. Olvidemos lo dicho acerca de Bernhard y Sutton, y agradezcamos el poder, si lo deseamos, consultar los documentos auténticos de uno de los principales actores de algunos de los acontecimientos importantes de la historia europea reciente. ¿Qué nos dicen los documentos? Contienen entre otras cosas notas de unos cuantos centenares de conversaciones entre Stresemann y el embajador soviético en Berlín, y de una veintena con Chicherin. Tales notas tienen su rasgo en común. Presentan a un Stresemann que se llevaba la parte del león en las conversaciones, y revelan sus argumentos invariablemente ordenados y atractivos, en tanto que los de su interlocutor son las más de las veces vacíos, confusos y nada convincentes. Es ésta una característica común a todos los apuntes de conversaciones diplomáticas. Los documentos no nos dicen lo que ocurrió, sino tan sólo lo que Stresemann creyó que había ocurrido, o lo que deseaba que los demás pensaran, o acaso lo que él mismo quería creer que había ocurrido. El proceso seleccionador no lo empezaron Bernhard ni Sutton, sino el mismo Stresemann. Y si tuviéramos, por ejemplo, los apuntes de Chicherin acerca de dichas conversaciones, nos quedaríamos sin embargo enterados tan sólo de lo que de ellas pensaba Chicherin, y lo que realmente ocurrió tendría igualmente que ser reconstruido en la mente del historiador. Claro que datos y documentos son esenciales para el historiador. Pero hay

que guardarse de convertirlos en fetiches. Por sí solos no constituyen historia; no brindan por sí solos ninguna respuesta definitiva a la fatigosa pregunta de qué es la Historia.

Llegados a este punto, quisiera decir unas palabras sobre la razón por la que los historiadores del siglo pasado solían desentenderse de la filosofía de la historia. La expresión la inventó Voltaire, y desde entonces se la viene utilizando en distintas acepciones; pero yo la usaré, si es que alguna vez la uso, como contestación a nuestra pregunta: ¿Qué es la Historia? Para los intelectuales de Europa occidental el siglo XIX fue un período cómodo que respiraba confianza y optimismo. Los hechos resultaban satisfactorios en conjunto; y la inclinación a plantear y contestar preguntas molestas acerca de ellos fue por lo tanto débil. Ranke creía piadosamente que la divina providencia se encargaría del significado de la historia, si él se encargaba de los hechos; y Burckhardt, con un matiz cínico más moderno, observaba que «no estamos iniciados en los designios de la eterna sabiduría». El profesor Butterfield apuntaba con visible satisfacción, nada menos que en 1931, que «los historiadores han reflexionado poco acerca de la naturaleza de las cosas y aun acerca de la naturaleza de su propia materia de estudio» (15). Pero mi predecesor en estas conferencias, el Dr. A. L. Rowse, más preciso en su crítica, escribió de «*La Crisis Mundial*» de Sir Winston Churchill (su libro acerca de la primera Guerra Mundial) que, aunque estaba a la altura de la *Historia de la Revolución Rusa* de Trotsky en lo que hacía a personalidad, viveza y vitalidad, quedaba por de-

(15) H. BUTTERFIELD, *The Whig Interpretation of History* (1931), página 67.

bajo de ella a un respecto: «no había detrás filosofía de la historia alguna» (16). Los historiadores británicos se negaron a dejarse arrastrar, no porque creyesen que la historia carece de sentido, sino porque creían a éste implícito y evidente. La concepción liberal de la historia del siglo XIX tenía una estrecha afinidad con la doctrina económica del *laissez-faire*, producto también de una visión del mundo serena y confiada. Que cada cual prosiga con su especialidad, y ya proveerá la mano oculta a la armonía universal. Los hechos de la historia eran por sí mismos una prueba del hecho supremo de que existía un progreso benéfico, y al parecer infinito, hacia cosas más elevadas. Era aquella la edad de la inocencia, y los historiadores paseaban por el Jardín del Edén sin un reatazo de filosofía con que cubrirse, desnudos y sin avergonzarse ante el dios de la historia. Desde entonces, hemos conocido el Pecado y hemos experimentado en nosotros la Caída; y los historiadores que en la actualidad pretenden dispensarse de una filosofía de la historia tan sólo tratan, vanamente y sin naturalidad, como miembros de una colonia nudista, de recrear el Jardín del Edén en sus jardincillos de suburbio. La molesta pregunta no puede ya ser eludida hoy.

Durante los últimos cincuenta años se ha llevado a cabo no poco trabajo serio a propósito de la pregunta: ¿Qué es la Historia? De Alemania, el país que tanto iba a contribuir a perturbar el muelle reinado del liberalismo decimonónico, salió en los dos últimos

(16) A. L. ROWSE, *The End of an Epoch* (1947), págs. 282-283.

ceso de reconstitución rige la selección y la interpretación de los hechos: esto es precisamente lo que los hace hechos históricos. «La Historia», dice el profesor Oakeshott, que en esto está muy cerca de Collingwood; «es la experiencia del historiador. Nadie la "hace" como no sea el historiador: el único modo de hacer historia es escribirla» (19).

Esta crítica penetrante, aunque puede inspirar serias reservas, saca a la luz ciertas verdades olvidadas.

Ante todo, los hechos de la historia nunca nos llegan en estado «puro», ya que ni existen ni pueden existir en una forma pura: siempre hay una refracción al pasar por la mente de quien los recoge. De ahí que, cuando llega a nuestras manos un libro de historia, nuestro primer interés debe ir al historiador que lo escribió, y no a los datos que contiene. Permítaseme tomar como ejemplo al gran historiador en cuyo honor y con cuyo nombre se fundaron estas conferencias. Trevelyan, según cuenta él mismo en su autobiografía, fue «educado por su familia en una tradición liberal un tanto exuberante» (20); y espero que no me desautorizaría si le describiese como el último, en el tiempo que no por la valía, de los grandes historiadores liberales ingleses dentro de la tradición *whig*. No en vano se remonta en su genealogía familiar hasta Macaulay, indudablemente el mayor de los historiadores liberales, pasando por el gran historiador, asimismo *whig*, George Otto Trevelyan. La mejor obra, y la más madura, del Dr. Trevelyan, *Inglaterra bajo la Reina Ana*, fue escrita con estos antecedentes, y sólo teniendo en cuenta estos antecedentes comprenderá el lector todo su alcance y sig-

(19) M. OAKESHOTT, *Experience and its Modes* (1933), pág. 99.

(20) G. M. TREVELYAN, *An Autobiography* (1949), pág. 11.

nificado. Desde luego el autor no brinda al lector excusa alguna para ignorarlos. Porque si, a la usanza de los aficionados de verdad a las novelas policíacas, se lee primero el final, se hallará en las últimas páginas del tercer tomo el, a mi juicio, mejor compendio de la que hoy se llama interpretación liberal de la historia; y se verá que lo que Trevelyan trata de hacer es investigar el origen y el desarrollo de la tradición liberal inglesa, y arraigarla limpia y claramente en los años que siguieron a la muerte de su fundador, Guillermo III. Aunque tal vez no sea ésta la única interpretación concebible de los acontecimientos del reinado de la reina Ana, es una interpretación válida, y, en manos de Trevelyan, fructífera. Pero para apreciarla en todo su valor, hay que comprender lo que está haciendo el historiador. Porque si, como dice Collingwood, el historiador tiene que reproducir mentalmente lo que han ido discutiendo sus *dramatis personae*, el lector, a su vez, habrá de reproducir el proceso seguido por la mente del historiador. Estudien al historiador antes de ponerse a estudiar los hechos. Al fin y al cabo, no es muy difícil. Es lo que ya hace el estudiante inteligente que, cuando se le recomienda que lea una obra del eminente catedrático Jones, busca a un alumno de Jones y le pregunta qué tal es y de qué pie cojea. Cuando se lee un libro de historia, hay que estar atento a las cojeras. Si no lo gran descubrir ninguna, o están ciegos, o el historiador no anda. Y es que los hechos no se parecen realmente en nada a los pescados en el mostrador del pescadero. Más bien se asemejan a los peces que nadan en un océano anchuroso y aun a veces inaccesible; y lo que el historiador pesque dependerá en parte de la suerte, pero sobre todo de la zona del mar

en que decida pescar y del aparejo que haya elegido, determinados desde luego ambos factores por la clase de peces que pretenda atrapar. En general puede decirse que el historiador encontrará la clase de hechos que busca. Historiar significa interpretar. Claro que, si, volviendo a Sir George Clark del revés, yo definiese la historia como «un sólido núcleo interpretativo rodeado de la pulpa de los hechos controvertibles», mi frase resultaría, a no dudarlo, parcial y equívoca; pero con todo me atrevo a pensar que no lo sería más que la frase original.

La segunda observación es aquella más familiar para nosotros de la necesidad, por parte del historiador, de una comprensión imaginativa de las mentes de las personas que le ocupan, del pensamiento subyacente a sus actos: digo «comprensión imaginativa», y no «simpatía», por temor a que se crea que ello implica acuerdo. El siglo XIX fue flojo en historia medieval porque le repelían demasiado las creencias supersticiosas de la Edad Media y las barbaridades por ellas inspiradas como para comprender imaginativamente a los hombres medievales. O tómese la censoria observación de Burckhardt acerca de la guerra de los Treinta Años: «Resulta escandaloso para un credo, sea católico o protestante, colocar su salvación por encima de la integridad nacional» (21). Era difícilísimo para un historiador del siglo pasado, enseñado a creer que era justo y digno de alabanza matar en defensa del país propio, pero inmoral y equivocado matar en defensa de la propia religión, compartir el estado de ánimo de quienes lucharon en la guerra de los Treinta Años. Esta dificultad es particularmente

(21) J. BURCKHARDT, *Judgements on History and Historians*, trad. ing. (1959), pág. 179.

aguda en el campo en que estoy trabajando ahora. Mucho de lo que se lleva escrito en los últimos diez años en los países de habla inglesa acerca de la Unión Soviética, y mucho de lo escrito en ésta sobre dichos países, viene viciado por esa incapacidad de llegar a una comprensión imaginativa, por elemental que sea, de lo que acontece en la mente de la otra parte, de forma que las palabras y las acciones de los otros siempre han de resultar embebidas de mala fe, carentes de sentido o hipócritas. No se puede hacer historia, si el historiador no llega a establecer algún contacto con la mente de aquellos sobre los que escribe.

El tercer punto es que sólo podemos captar el pasado y lograr comprenderlo a través del cristal del presente. El historiador pertenece a su época y está vinculado a ella por las condiciones de la existencia humana. Las mismas palabras de que se vale —términos como democracia, imperio, guerra, revolución— tienen sus connotaciones en curso de las que no puede divorciarlas. Los historiadores dedicados a la Antigüedad usan vocablos como *polis* y *plebs* en el idioma original, sólo para demostrar que han sorteado el obstáculo. Pero no les vale. También ellos viven en el presente y no pueden escamotearse a sí mismos en el pasado echando mano de palabras de poco uso o relegadas al olvido, como tampoco serían mejores historiadores de Grecia o Roma por dar sus conferencias con la clámide o la toga. Los nombres con que sucesivos historiadores franceses han ido describiendo las muchedumbres parisinas, que tan importante papel desempeñaron en la Revolución Francesa —*les sans-culottes*, *le peuple*, *la canaille*, *les brabançons*— son, para quien conozca las normas del juego,

otros tantos manifiestos de una filiación política o de una interpretación determinada. Y es que el historiador no tiene más remedio que elegir: el uso del lenguaje le veda la neutralidad. Y no es sólo una cuestión de palabras. En los últimos cien años, los cambios en el equilibrio de las potencias en Europa han mudado por completo la actitud de los historiadores británicos hacia Federico el Grande. Los cambios que, dentro de las iglesias cristianas, ha experimentado el equilibrio entre católicos y protestantes, han alterado profundamente su actitud hacia figuras como Ignacio de Loyola, Lutero y Cromwell. Basta un conocimiento superficial de la obra de los historiadores franceses de la Revolución Francesa en los últimos cuarenta años, para percatarse de lo profundamente que ha sido afectada por la revolución rusa de 1917. El historiador no pertenece al ayer sino al hoy. Nos dice el profesor Trevor-Roper que el historiador «debe amar el pasado» (22). Esta es una exortación discutible. El amor al pasado puede fácilmente convertirse en manifestación de una añoranza romántica de hombres y sociedades que ya pasaron, síntoma de la pérdida de la fe en el presente y el futuro, y del interés por ellos (23). Puestos a utilizar tópicos, preferiría aquel otro que recomienda liberarse del «peso muerto del pasado». La función del historiador no es ni amar el pasado ni emanciparse de él, sino dominarlo y comprenderlo, como clave para la comprensión del presente.

(22) Introducción a J. BURCKHARDT, *Judgements on History and Historians*, tra. Ing. (1959), pág. 17.

(23) Compárese con la visión nietzscheana de la historia: "Cosa de la vejez es el volver la mirada y repasar cuentas, su afán de buscar consuelo en las remembranzas del pasado, en la cultura histórica". (*Consideraciones intempestivas, II.*)

Si bien son éstas algunas de las ideas de lo que yo llamaría visión collingwoodiana de la historia, hora es ya sin embargo de pasar a considerar algunos de sus peligros. El énfasis puesto en el papel del historiador como hacedor de la historia tiende, llevado a sus lógicas consecuencias, a descartar toda historia objetiva: la historia es lo que hace el historiador. Y de hecho parece que Collingwood haya llegado a esta conclusión en un momento dado, según una nota póstuma que cita su editor:

San Agustín vio la historia desde el punto de vista del cristiano primitivo; Tillamont, desde el de un francés del siglo XVII; Gibbon, desde el de un inglés del XVIII; Mommsen desde el de alemán del siglo XIX; a nada conduce preguntarse cuál era el punto de vista adecuado. Cada uno de ellos era el único posible para quien lo adoptó (24).

Esto equivale al escepticismo más total, lo mismo que la observación de Froude, para quien la historia es «un rompecabezas infantil de letras, con el que podemos formar la palabra que se nos antoje» (25). Collingwood, en su reacción contra la «historia de tijeras y cola», contra una mera compilación de hechos, se acerca peligrosamente a tratar la historia como algo brotado del cerebro humano, con lo que nos reintegra a la conclusión aludida por Sir George Clark en el párrafo anteriormente citado, la de que «no existe verdad histórica "objetiva"». En vez de la

(24) R. COLLINGWOOD, *The Idea of History* (1946), pág. xii.

(25) A. FROUDE, *Short Studies on Great Subjects*, I (1894), página 21.

teoría de que la historia carece de significado, se nos ofrece aquí la teoría de su infinidad de significados, ninguno de los cuales es mejor ni más cierto que los demás, lo que en el fondo equivale a lo mismo. Desde luego la segunda teoría es tan insostenible como la primera. No puede deducirse, del hecho de que una montaña parezca cobrar formas distintas desde diferentes ángulos, que carece de forma objetiva o que tiene objetivamente infinitas formas. No puede deducirse, porque la interpretación desempeña un papel necesario en la fijación de los hechos de la historia, ni porque no sea enteramente objetiva ninguna interpretación, que todas las interpretaciones sean igualmente válidas y que en principio los hechos de la historia no sean susceptibles de interpretación objetiva. Más adelante nos detendremos en el significado exacto de la objetividad en la historia.

Pero tras la hipótesis de Collingwood, se oculta otro peligro aún mayor. Si el historiador ve necesariamente el período histórico que investiga con ojos de su época, y si estudia los problemas del pasado como clave para la comprensión de los presentes, ¿no caerá en una concepción puramente pragmática de los hechos, manteniendo que el criterio de la interpretación recta ha de ser su adecuación a algún propósito de ahora? Según esta hipótesis, los hechos de la historia no son nada, y la interpretación lo es todo. Nietzsche ya dejó enunciado el principio: «La falsedad de una opinión no encierra para nosotros objeción alguna contra ella... El problema radica en saber hasta dónde contribuye a prolongar la vida, a preservarla, a amparar o aun a crear la especie» (26). Los pragmáticos norteamericanos, aunque menos explíci-

(26) Más allá del Bien y del Mal, cap. 1.

tamente y con menos entusiasmo, siguieron el mismo derrotero. El conocimiento es conocimiento para algún fin. La validez del conocimiento depende de la validez del fin. Pero aun en los casos en que no se ha profesado esta teoría, la práctica ha resultado no menos inquietante. He visto en mi propio campo de investigación demasiados ejemplos de interpretación extravagante que ignoraban los hechos más elementales, como para no quedar impresionado ante la realidad del peligro. No es sorprendente que el análisis minucioso de los productos más extremados de las escuelas historiográficas soviética y antisoviética fomenta a veces cierta nostalgia de aquel imaginario refugio decimonónico de la historia meramente fáctica.

A mediados del siglo xx, ¿cómo hemos de definir, pues, las obligaciones del historiador hacia los hechos? Creo que he pasado en los últimos años bastantes horas persiguiendo y escrutando documentos, y rellenando mi relato histórico con hechos: debidamente anotados a pie de página, como para librarme de la imputación de tratar con demasiada ligereza documentos y hechos. El deber de respeto a los hechos que recae sobre el historiador no termina en la obligación de verificar su exactitud. Tiene que intentar que no falte en su cuadro ninguno de los datos conocidos o susceptibles de serlo que sean relevantes en un sentido u otro para el tema que le ocupa o para la interpretación propuesta. Si trata de dar del inglés victoriano la imagen de un ser moral y racional, no debe olvidar lo acontecido en Stalybridge Wakes en el 1850. Pero esto, a su vez, no significa que pueda eliminar la interpretación que es la savia de la historia. Los legos en la materia —es decir, los amigos de fuera

de la Universidad, o los colegas de otras disciplinas académicas— me preguntan a veces cómo aborda el historiador su trabajo cuando escribe historia. Parece que la idea más corriente es que el historiador divide su tarea en dos fases o períodos claramente diferenciados. Primero, dedica un largo tiempo preliminar a leer sus fuentes y a colmar de datos sus cuadernos de notas; terminada esta fase del trabajo, aparta de sí las fuentes, tira de los cuadernos de apuntes, y escribe el libro del principio al fin. Para mí, esta imagen resulta poco convincente y nada plausible. En lo que a mí respecta, no bien llevo algún tiempo investigando las que me parecen fuentes capitales, el empuje se hace demasiado violento y me pongo a escribir, no forzosamente por el principio, sino por alguna parte, por cualquiera. Luego leer y escribir van juntos. Añado, suprimo, doy nueva forma, tacho, conforme voy leyendo. La lectura viene guiada, dirigida, fecundada por la escritura: cuanto más escribo, más sé lo que voy buscando, mejor comprendo el significado y la relevancia de lo que hallo. Es probable que algunos historiadores lleven a cabo mentalmente toda esta escritura preliminar, sin echar mano de pluma, de papel, ni de máquina de escribir, lo mismo que hay quienes juegan mentalmente al ajedrez, sin sacar el tablero ni las piezas: es un talento que envidio pero que no puedo emular. Pero estoy convencido de que, para todo historiador que merece tal nombre, los dos procesos que los economistas llaman «input» y «output» se desarrollan simultáneamente y, en la práctica, son partes de un solo y único proceso. Si se trata de separarlos, o de dar a uno prioridad sobre el otro, se cae en una de ambas herejías. O bien se escribe historia

de tijeras y cola, sin importancia ni significado; o bien se escribe propaganda o novela histórica, tirando de los datos del pasado para bordar un género de literatura que nada tiene que ver con la historia.

Nuestro examen de la relación del historiador con los hechos históricos nos coloca, por tanto, en una situación visiblemente precaria, haciéndonos navegar sutilmente entre el Escila de una insostenible teoría de la historia como compilación objetiva de hechos de una injustificada primacía del hecho sobre la interpretación, y el Caribdis de otra teoría igualmente insostenible de la historia como producto subjetivo de la mente del historiador, quien fija los hechos históricos y los domina merced al proceso interpretativo; entre una noción de la historia con centro de gravedad en el pasado, y otra con centro de gravedad en el presente. Pero nuestra situación es menos precaria de lo que parece. Volveremos, en estas conferencias, a encontrar la misma dicotomía del hecho y la interpretación bajo otros ropajes: lo particular lo general, lo empírico y lo teórico, lo objetivo y lo subjetivo. La espinosa tarea que incumbe al historiador es la de reflexionar acerca de la naturaleza del hombre. El hombre, salvo acaso en su más prístina infancia y en su más avanzada vejez, no está del todo absorbido por el mundo que le rodea ni incondicionalmente sometido a él. Por otra parte, nunca es del todo independiente de él, ni lo domina incondicionalmente. La relación del hombre con el mundo circundante es la relación del historiador con su tema. El historiador no es el humilde siervo ni el tiránico dueño de sus datos. La relación entre el historiador y sus datos es de igualdad, de intercambio. Como todo historiador activo sabe, si se detiene a reflexio-

nar acerca de lo que está haciendo cuando piensa y escribe, el historiador se encuentra en trance continuo de amoldar sus hechos a su interpretación y ésta a aquéllos. Es imposible dar la primacía a uno u otro término.

El historiador empieza por una selección provisional de los hechos y por una interpretación provisional a la luz de la cual se ha llevado a cabo dicha selección, sea ésta obra suya o de otros. Conforme va trabajando, tanto la interpretación como la selección y ordenación de los datos van sufriendo cambios sutiles y acaso parcialmente inconscientes, consecuencia de la acción recíproca entre ambas. Y esta misma acción recíproca entraña reciprocidad entre el pasado y el presente, porque el historiador es parte del presente, en tanto que sus hechos pertenecen al pasado. El historiador y los hechos de la historia se son mutuamente necesarios. Sin sus hechos, el historiador carece de raíces y es huero; y los hechos, sin el historiador, muertos y falsos de sentido. Mi primera contestación a la pregunta de qué es la Historia, será pues la siguiente: un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado.